

ENTRE ENUMERACIONES Y DESCRIPCIONES ANDAN LAS COSAS EN 3ª

<**.<».«.

El texto que más abajo presento quiere ser la descripción de una casa. Responde al reto que me lanzó una alumna de 3ºA después de estar debatiendo largo rato sobre si describir era lo mismo que enumerar. La profesora que suscribe este texto defendía que no era bueno abusar de las enumeraciones a la hora de describir, es más, no eran ni siquiera necesarias. Y desde luego, en su opinión, no era lo mismo describir que enumerar. En este punto del debate una alumna retó a la profesora a ser capaz de hacer una descripción sin enumeraciones- Espero, con este texto, salir airoso del trance. A ellos, a los alumnos de 3ª, se lo dedico, por la atención que prestaron a este tema y en especial, a Sofía Muñoz.

LA CASA DE MIS PADRES

Para mí las vacaciones comienzan al día siguiente del final de las clases, cuando enfilo la carretera hacia el norte buscando los viejos valles verdecidos tras los que se esconde mi casa, la casa de mis padres, la casa adonde siempre vuelvo. Poco a poco abandono la aspereza de Castilla y me voy adentrando en el paisaje colorido y cambiante de esta tierra. Pero mi estado de ánimo definitivamente es otro cuando vislumbro desde lejos la casa solariega de mis padres.

Se yergue desafiante en el centro del pueblo, muy cerca de la iglesia. Toda ella construida en piedra encalada, hoy en día cubierta por una enredadera que trepa desordenadamente por entre las ventanas y los tejados, como si se quisiera apoderar de la casa entera. Parece que de un momento a otro fuese a aparecer mi padre delante del gran portón de madera interrumpiendo su consulta para recibirme como solía. Mi padre fue el pediatra del pueblo y de la comarca durante muchos años. Era un hombre serio e introvertido que se había formado en el extranjero durante los últimos años de la posguerra. Sin embargo, no fue él, a quien tanto me hubiera gustado abrazar de nuevo, sino, Consuelo, la guardesa de la finca, quien me abrió la puerta.

Nada más entrar, me golpeó el aroma a canela y limón de la casa. Dejé mis maletas en el amplio recibidor, mientras echaba una rápida ojeada a la estancia que se abría a la izquierda. Por un momento me deslumbró la luz del sol que entraba cegadora por el ventanal pero después pude ver el antiguo despacho de mi padre donde solía pasar consulta. Todo estaba limpio y extrañamente quieto, incluso el aire parecía detenido.

Seguí a Consuelo hasta la escalera de madera que permitía acceder a las dos plantas superiores de la casa. A partir de ahí le indiqué que prefería continuar sola. No pude evitar la sonrisa al acariciar con mi mano la madera mil veces pulida y abrigada de la barandilla de la escalera. Allí solíamos pasar las horas muertas mis hermanos y yo. Casi podía ver a los mayores deslizándose peligrosamente por la barandilla, oír las voces de mi madre y mis tías advirtiéndonos de los peligros de aquellas carreras, ver a mi hermana Candela escondida en el hueco de la escalera leyendo las notas de amor que ella y alguien, para mí desconocido e inaccesible, se intercambiaban secretamente.

No sé el tiempo que permanecí allí, quieta, ensimismada, pero debió ser bastante, pues fue la voz de Consuelo la que me devolvió a la realidad: "¿Sucede algo?".

Sobresaltada, proseguí mi camino escaleras arriba sin tan siquiera contestar, pero no pude evitar volver a detenerme poco después. En el segundo piso, una puerta de cristal en el rellano de la escalera, daba paso a las habitaciones de mis padres. Sin atreverme a abrirla, pegué mi cara al cristal, como tantas veces había hecho de pequeña.

Teníamos prohibido el acceso a aquel recinto que conformaban las habitaciones de mis padres. Constaba de un salón amplio y acogedor, un dormitorio con vestidor y un discreto cuarto de baño. Aquella parte de la casa era la más alegre. El sol entraba con fuerza durante toda la mañana y hasta el mediodía por la galería acristalada que la separaba de la calle. Los niños sólo podíamos hacer uso de aquellas habitaciones los sábados por la tarde, cuando nos reuníamos toda la familia.

Mis padres eran grandes lectores y tenían la pared del salón tapizada de libros. A ellos, a los libros, siempre tuvimos acceso franco, y durante los años de mi infancia y adolescencia recuerdo haber leído sin descanso. El acceso a mis padres era, sin embargo, mucho más complejo. Toda su vida buscaron ansiosamente proteger su mundo privado del exterior, en el que nos incluían nosotros. Ese deseo de intimidad, unido tal vez al recuerdo de la juventud en Suiza, donde se conocieron, los llevaba a utilizar un idioma distinto para comunicarse el uno con el otro: el alemán. Nosotros odiábamos esa lengua extraña que nos separaba de ellos. Más tarde me empearía en aprenderla, como si conociendo aquel idioma pudiera sentir más cerca a mis padres,

